

Temas:

El papel de la violencia en la producción de socialidad que media la explotación

...tenemos igualmente que infringir la vieja ley del Génesis: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente; parirás con dolor". El crimen de Adán y Eva consiste estrictamente en tolerar esta ley.

Emmanuel Berl, *La muerte del pensamiento burgués*

1. El crimen original

Toda sociedad se funda sobre un crimen, metafórico o real. A partir de este crimen se crean las leyes de la reproducción colectiva, que intentan evitar que ese acontecimiento fundante vuelva a suceder. La ley fundante establece un tabú que asegura que la sociedad recree de manera ritual el acto original, sea mediante el juego o la fiesta de refundación. No hay sociedad que no tenga detrás algún hecho de sangre (literal o metafórico).

En el capitalismo el gran crimen se llama explotación, un crimen que se realiza en varios actos acompasados. La creación de las tres mercancías artificiales de las que habla Karl Polany (la fuerza de trabajo, la renta de la tierra y el dinero) es sólo posible por una cadena de crímenes. La explotación es posible porque antes se ha violentado la ontología del ser social, quebrando la existencia de la vida humana en una dimensión biplanar: se es tanto sujeto como objeto. La sujetividad humana se convierte en cosa que puede ser intercambiada en el mercado de trabajo, la corporalidad se vuelve así, un objeto que vale en tanto fuerza de trabajo. Esta primera metamorfosis es la que permite que haya una transformación del trabajo en plusvalor.

Junto con este crimen ontológico, hay otra violencia que hace posible la explotación, la transformación de las existencias no humanas en mercancías, la tierra en su conjunto, como un gran depósito de mercancías que pueden ser tomadas sin ninguna autorización. Esta violencia contra la naturaleza la deja "dispuesta" al consumo sin límites de la maquinaria de la valorización. También hay un crimen contra la naturaleza para fundar al capitalismo. La violencia del capital empieza en el momento en el que todo potencialmente convertible en mercancías, incluida la vida misma; la violencia empieza en las cosas. Y en una relación peculiar con ellas que tienen por condición la degradación de su valor de uso, de la precariedad de las interacciones en las que los códigos que están

contenidos en cada cosa son imposibles de realizarse. El productivismo y el consumismo son las dos ramas de un proceso violento sin límites.

En esta violencia del universo de las mercancías, la reproducción del mito fundante desacraliza la ritualización y la vuelve mundana. La repetición excepcional del momento constitutivo de la vida colectiva se hace todos los días por un proceso doble: el de aceptar el sacrificio de la existencia al volverla diariamente una mercancía y el momento de reconocer los frutos de ese acto en la posibilidad de consumir. En este tránsito el trabajo deja de ser un castigo y se vuelve una virtud, el consumo se libera del sistema de capacidades (no desear lo que no se puede lograr).

La conjuración del crimen original también se acompaña de un proceso incesante de expansión de las fronteras, bajo una lógica inversamente proporcional: mientras más grandes son las fronteras de la valorización habrá más excluidos de sus beneficios; no así las consecuencias de la expansión que tienen que ser asumida por todos, aunque en condiciones desiguales. El capitalismo es un crimen contra la humanidad y contra las formas de existencia en su conjunto.

2. La ética y estética del capital

La violencia fundante del capitalismo no para en la mercantilización, se acompaña de una ortopedia de los cuerpos y de una compostura de sus imágenes. En el capitalismo no todos pueden ser capitalistas, y los que lo son, deben ser “buenos” capitalistas. No basta con construir palancas para la valorización y la ganancia, se demanda una manera correcta de hacerlo, un tipo de comportamientos adecuados a una forma de percibir el mundo, donde la servidumbre fundada en la devoción ha cedido su puesto a la servidumbre fundada sobre la convicción. “Ha infringido la fe en la autoridad, porque ha restaurado la autoridad de la fe. Ha transformado los clérigos en laicos, porque ha convertido los laicos en clérigos. Ha liberado al hombre de la religiosidad extrema, porque ha recluso la religiosidad en la intimidad del hombre. Ha emancipado al cuerpo de las cadenas porque ha encadenado al sentimiento” (Marx, *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*).

El capitalismo construye un *ethos*, una guarida y un tipo de comportamiento. Este *ethos* lleva la marca de la “blanquitud”, en la que se sintetizan las formas correctas y eficientes de la vida para el capital. En la blanquitud no se aceptan sesgos, no es correcto vivir solo dentro del capital, es necesario vivir para la él. Su máscara de ascesis esconde la desmesura, la voracidad del consumo y la mercantilización. La ética necesita también de su estética, mientras la primera se define en el terreno de la producción y la lógica corporativa, la segunda se define en el consumo, en la dinámica desmesurada que deglute objetos sin descifrarlos, porque se ha desprendido de toda operación de creación e imaginación.

El capitalismo es una forma de ser y estar en el mundo, que no se reduce a sus expresiones más logradas: la burguesía, como la detentora de la ética y la estética del

capital. Esta manera de vivir se disemina por el mundo, es capilar en las distintas escalas de la vida social, se introduce violentamente en los cuerpos.

La violencia aparece aquí de formas sutiles y no tan sutiles; Que en el siglo XXI han logrado convertir a la humanidad en su conjunto en una gran corporación, en la que el trabajo colectivo, creativo, innovador, emprendedor, flexible (que caracteriza al modelo de la corporación) se expande como el aire y se vuelve la lógica de los mundos de la vida. No sin violencias físicas que le acompañen, no sin escenarios de devastación y precarización que lo hagan posible. Lo paradójico es que aun reconociendo los efectos catastróficos de este proceso haya amplios sectores de la humanidad que se adhieran a esta nueva ética del capital, así como a sus estéticas.

El crimen manifiesto se reproduce, sólo que bajo lógicas más letales y más excluyentes. Junto el crecimiento de la explotación aumenta la exclusión, que pone a la vida en condiciones de mera sobrevivencia. Una diferencia cualitativa hoy, es que hay una generalización del hecho de “vivir la propia aniquilación como un goce estético de primer orden” (Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*). La catástrofe también es un disfrute obscuro, la ética y estética del capital alimentan la idea del fin del tiempo puede ser contemplado como un gran espectáculo, aún al precio de que los observadores desaparezcan. La ética del capital ha desnudado el fin último de sus violencias: la degradación de las formas concretas de existencias, que alienadas pueden ver su fin como si fuera el de otros; que asisten a una escenificación ritualizada, en el que la humanidad en su conjunto es la víctima propiciatoria, el chivo expiatorio de la religión del capital.

3. La modernización estadounidense

El escenario en el que mejor se conjugan estas formas de la violencia del capital es Estados Unidos, la geografía del capital que mejor ha realizado sus principios. Si hay un capitalismo que ha llevado al extremo la valorización y sus consecuencias es el estadounidense, que ha impreso en la trayectoria del capital una desmesura redoblada, en el que la ética del capital extermina de maneras sutiles y variadas a los que no se pueden adaptar a la bala del progreso.

La forma estadounidense del capital logró lo que las versiones previas no pudieron: un punto de no retorno. El mundo bajo la violencia ética y estética del capitalismo estadounidense nunca volverá a ser el mismo, llevará impreso por siglos la marca de una desmesura que no encuentra límites, aunque con ello socave las condiciones mismas de su reproducción. La ética puritana desnuda su lado suicida que siempre le acompañó.

En esta versión la violencia fundante se introduce en los cuerpos, se hace propia, bajo la división del mundo entre ganadores y perdedores, entre las vidas que merecen vivirse y las vidas sobrantes. Lo que antes fue una violencia externa a los cuerpos, en la forma estadounidense del capitalismo se interioriza, el explotado se vuelve su propio verdugo, es víctima y victimario encerrado en una misma carne.

Maquilla este crimen bajo la máscara del consumo y la libertad plena, la posibilidad de abandonarse a la contingencia del capital. A lo que se acompaña un maquillaje de simulacro legal. Estados Unidos se presenta como el escenario de la legalidad absoluta, donde la lógica privada del derecho se desarrolla con radicalidad desnuda. Demandar y ser demandados son operaciones necesarias para proteger el contrato del suicidio colectivo que representa la ética del capital en su versión estadounidense.